
México y España, miradas cruzadas (Presentación)

Manuel Lucena Giraldo

Fue el gran americanista español Guillermo Céspedes del Castillo quien señaló que tras la independencia iberoamericana culminada en 1825 las relaciones entre ambas orillas del Atlántico hispano fueron mantenidas «por los pueblos, mas no por los Estados». En efecto, el establecimiento de relaciones diplomáticas entre España y las nuevas repúblicas fue tan lenta como difícil, pero la diplomacia del idioma logró tender puentes ya a partir de 1840, que se han mostrado indestructibles hasta nuestro tiempo con el trabajo mancomunado de las Academias de la lengua. El final del imperio también supuso un punto de partida, porque en especial desde 1880 centenares de miles de emigrantes peninsulares e isleños cruzaron el océano para ganarse la vida en México y realizar sus sueños. En pocos lugares como allí ambas realidades españolas, cultural y demográfica, dieron lugar a debates tan extremos. La feroz crítica del gachupín (peninsular), o la emocionada alabanza de la civilización española y la tradiciones que la representaban, verda-

deras o no, dividieron radicalmente las diversas posiciones políticas, como nos muestra Tomás Pérez Vejo. La presencia de emprendedores que hicieron fortuna, pero también de gentes del común que encontraron en la formidable nación mexicana un sustento digno, formó parte de la realidad mexicana de 1910. Con el estallido de la Revolución, de la que recordamos el centenario, como señala Almudena Delgado Larios en España se extienden imágenes que están «entre el miedo y la fascinación». Ambos extraordinarios ensayos, de reputados historiadores, exploran el enigma de una existencia compartida alrededor de aquella fecha, que divide la historia con un resultado que podríamos definir como «incapacidad de indiferencia». En sentido orteguiano, nos hallamos ante un verdadero «tema de nuestro tiempo» de alcance universal.

M. L. G.